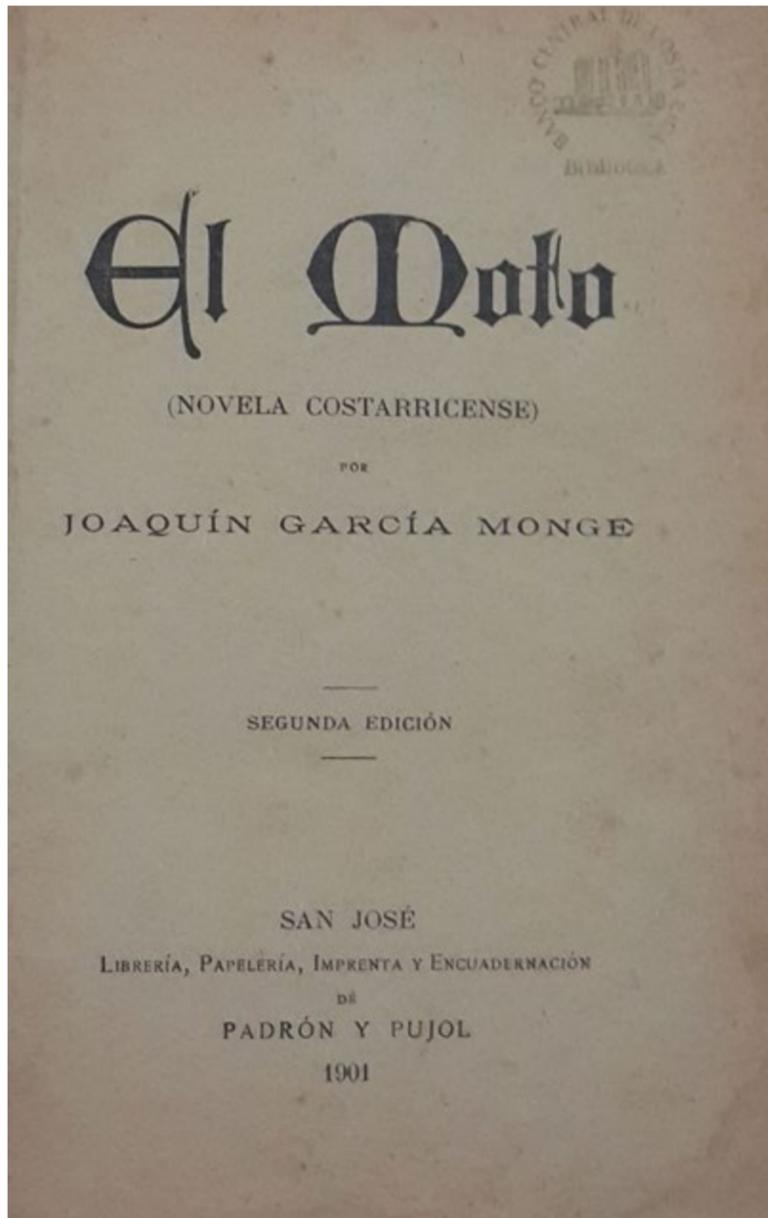


Joaquín García Monge



La primera de las tres novelas de costumbres costarricenses de Joaquín García Monge apareció en el año 1900. Fue tal la amplia aceptación que obtuvo El Moto, que hubo necesidad de imprimir una segunda edición al año siguiente.

La crítica afirmó, por medio de la pluma severa de Carlos Gagini, que no había logrado leer nada más costarricense que El Moto. En aquellas páginas veía moverse, con la sencillez característica, a nuestros campesinos supersticiosos, eminentemente religiosos y honrados, de tosco lenguaje y de patriarcales costumbres.

José Blas, el Moto, era hijo de un campesino, que encontró la muerte allá por las Salinas, y de la señora Colaca, la rezadora de más fama que hubo en el pueblo de los Desamparados. A los seis años, quedó huérfano. Fue entregado a su padrino quien lo hizo estudiar lo que era posible en un pueblecito como aquel. En una escuela como la de don Frutos, el maestro rural cuya figura es tal vez una de las mejor descritas en la novela.

Más tarde, José Blas fue dedicado por su padrino a recoger los diezmos que el vecindario debía entregar al viejo don Soledad Guillén. Este, a su vez, estaba en la obligación de enviarlos a la vecina capital de la república.

José Blas era un poeta de los que nacen espontáneamente en el seno amoroso de los pueblos. De los que no saben lo que es poesía. Pero son capaces de decir en estrofas más o menos perfectas, los ínfimos secretos del corazón. De quienes, burla burlando, hacen una redondilla en la que, con ingenuidad encantadora, señalan alguno de los defectos que con mucho cuidado se quieren ocultar. Aquella facilidad de rimador

espontáneo logró conquistarle el corazón de la bella Cundila Guillén. Una campesina simpática, cuyas formas se habían desarrollado con la frondosidad envidiable con la que rompen sus tiernas envolturas las matas de maíz.

Cundila amaba al Moto. Sin embargo, antes de su amor, colocaba el respeto profundo y la obediencia ciega a sus padres. Por eso, no opuso resistencia alguna cuando el viejo don Soledad Guillén le dijo que había dispuesto casarla con el padrino de José Blas. Era un sujeto de edad avanzada; advirtió que muy a pelo le caía una tajada como Cundila, no lo pensó tanto y la hizo suya. Precisamente, en la época en la que el triste Moto, desgraciado como pocos, deliraba en su lecho por causa de los golpes que le prodigara un maldito caballo azulejo, propiedad de don Sebastián.

Después de haberse visto a las puertas del otro mundo José Blas pudo levantarse. Apenas se sintió con las fuerzas necesarias fue a casa del cura, don Enero. Le había suplicado interesar a los padres de Cundila a su favor. Cuando el párroco le dio la noticia que era su muerte, el Moto no pronunció palabra. Herido en el alma se alejó lentamente. ¿Hacia dónde? Allá, al fin del mundo, para no volver nunca. .

Argumento sencillo y bien desarrollado en medio una exacta descripción del ambiente campesino nacional, en un estilo que no es labor de pensamiento sino de sentimiento, García Monge nos presenta cuanto en su pueblo y en todos los pueblos de Costa Rica hay de característico. Desde las agotadoras faenas campesinas hasta las fiestas en las que enloquece de alegría el campesino embriagado. No por el aguardiente de contrabando, por el olorillo tan delicado de la Uruca, adorno inevitable en los festejos aldeanos. Por la frescura que exhalan los cuerpos de las zagas costarricenses.